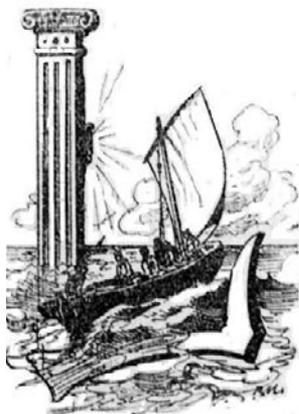


FELIPE II Y EL ISLAM ANTES DE LEPANTO

Enrique MARTÍNEZ RUIZ
Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid
Instituto de Historia y Cultura Naval

Introducción



A bancarrota declarada en 1557 (1) por Felipe II mostraba las dificultades de la Hacienda real y la necesidad de recuperar la solvencia que permitiera cerrar la guerra con Francia y prevenir posibles contingencias en el Mediterráneo. En esa situación, el rey recurrió a arbitrios diversos para reunir dinero (enajenación de oficios, incautación de los caudales de particulares que traía la Flota de Indias y otros expedientes fiscales) y, de abril a junio de 1557, ordenó sobreseer las libranzas y consignaciones para obtener los fondos necesarios. Como compensación, de 1558 a 1560 se entregaron juros en pago de los asientos de la deuda vieja y como incentivo para negociar nuevos préstamos, refinanciar la deuda flotante acumulada, dar confianza a los asen-tistas y tener liquidez, si bien a costa de incrementar

el endeudamiento de la Hacienda real.

Desde 1558 se estableció un impuesto bastante alto sobre la exportación de la lana, se cobraron aranceles en la frontera portuguesa, se aumentaron el almojarifazgo y los impuestos en los puertos vascos, además de incorporar las minas de sal a la Corona y establecer el monopolio sobre las barajas de cartas. Todo ello supuso un sensible aumento de las imposiciones al margen de las Cortes, que también incrementaron el encabezamiento de 1561, al prometerles

(1) Sobre la bancarrota y sus consecuencias, ALVAREZ NOGAL, Carlos, y CHAMLEY, Christopher: «La crisis financiera de Castilla en 1557-1577: fiscalidad y estrategia», en *Crisis financieras en la Historia. Revista de la historia de la economía y de la empresa*, VII, 2013, pp. 194 y ss.; y CARLOS MORALES, Carlos Javier de: «Crisis financiera y deuda dinástica, 1557-1627», en *Cuadernos de Historia Moderna*, núm. 42.2, 2017, pp. 503-526.

el rey que no impondría ninguna otra carga sin su consentimiento. Todas estas medidas eran necesarias para acabar la guerra con Francia (la paz se firmó en 1559 en Cateau-Cambrésis), donde el calvinismo se expandía y las luchas de religión comenzarían en 1562 (2). Pero la inminencia del peligro estaba más al sur, encarnado por el islam en el Mediterráneo (3).

Malta, la «prueba de fuego»

Cuando Felipe II se encontraba aún en Flandes en guerra contra Francia y el papado, se estaba produciendo en el Mediterráneo una ofensiva turca, dirigida por Pialí Pachá, almirante de la flota otomana desde 1553. Atacó en 1554 las islas de Elba y Córcega, y en 1555, con ayuda francesa, asaltó varias fortalezas españolas, algunas de ellas en Menorca.

El duque de Medinaceli, virrey de Sicilia, preparaba en 1559 una expedición para castigar a los piratas berberiscos y tratar de recuperar Trípoli, que había sido cedida a los caballeros de la Orden de San Juan (4) junto con Malta en 1551, y se había perdido cuatro años antes de plantearse su reconquista. Base de Dragut desde 1556, Trípoli tenía gran valor estratégico, pues era una de las llaves del Mediterráneo (5). Por el lado cristiano, Malta —desde donde los caballeros de la Orden de San Juan desarrollaban una activa «piratería» contra las naves turcas y berberiscas (6)—, las bases de las galeras en Nápoles y Sicilia y el presidio de La Goleta constituían una línea defensiva contra la penetración turca en el Mediterráneo occidental.

(2) Sobre las cuestiones financieras y hacendísticas, ULLOA, Modesto: *La hacienda real de Castilla en tiempos de Felipe II*, Madrid, 1963 (tercera edición revisada, 1986); RUIZ MARTÍN, Felipe: «Finanzas españolas en el reinado de Felipe II», en *Cuadernos de Historia*. Anexo de la revista *Hispania*, núm. 2, 1968, pp. 109-173; y CARLOS MORALES, Carlos Javier de: *El precio del dinero dinástico. Endeudamiento y crisis financieras en tiempos de los Austrias (1557-1647)*, dos volúmenes, Madrid, 2016.

(3) El libro de BRAUDEL, Fernand: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II*, dos volúmenes, México, 1976, un auténtico «clásico», es de cita obligada para cualquier tema relacionado con Felipe II. Para la dinámica meridional del reinado, MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: *Felipe II. Hombre, rey, mito*, Madrid, 2020, en concreto en lo relativo a lo que denominamos «el eje mediterráneo», caps. 8 y 12; para la dinámica naval, nuestro artículo «El Mediterráneo, un mar de galeras», en *Revista de Historia Naval*, vol. 110, 2010, pp. 7-24.

(4) Sobre la Orden y los caballeros, por ejemplo, SIRE, Henry J. A.: *The Knights of Malta*, Londres, 1993, y SEWARD, Desmond: *Monks of War. The Military Religious Orders*, Londres, 1995; y, sobre todo, MERCECA, Simón: *La Orden de San Juan de Jerusalén en Malta*, Florencia, 2014, cuyo capítulo 5 está dedicado al asedio de 1565, pp. 35-60.

(5) *Vid.* al respecto tanto TABAKOĞLU, Hüseyin Serdar: *Akdeniz'de Savaş: Osmanlı-Ispanya rekabeti*, Estambul, 2019, como WILLIAMS, Phillips: *Empire and Holy War in the Mediterranean: The Galley and Maritime Conflict between the Habsburgs and Ottomans*, Londres, 2014.

(6) EARLE, Peter: *Corsairs of Malta and Barbary*, Malta, 1970.

Felipe II consiguió la alianza de Génova, Roma y de la Orden de San Juan y, auspiciada por el pontífice, la flota aliada se fue concentrando en Mesina, compuesta por 50 galeras y 66 barcos auxiliares al mando de Juan Andrea Doria, pero se tardó demasiado en prepararla y pasó el tiempo propicio para la empresa. Cuando la expedición salió el 1 de diciembre, una tormenta y una epidemia entre los soldados obligaron a la flota a refugiarse en Malta, donde permaneció hasta febrero de 1560. Para entonces, alarmada por el movimiento cristiano, Trípoli se había reforzado. Cuando la flota aliada estuvo nuevamente en condiciones de hacerse a la mar, su objetivo había cambiado y se dirigió contra la isla de Djerba (Yerba o Los Gelves), que fue conquistada con facilidad en marzo de ese año. La réplica turca fue fulminante, pues Solimán el Magnífico envió 86 galeras al mando de Pialí, que destruyeron la flota cristiana (7). «El resultado fue una gran victoria otomana y la captura, por parte de Pialí, de numerosas naves españolas... a cambio de muy escasas pérdidas. Solo unos pocos buques españoles lograron escapar a Sicilia» (8).



Réplica de un fanal de popa de los pertenecientes a don Álvaro de Bazán. (Museo Naval de Madrid)

(7) La expedición ha sido relatada pormenorizadamente por ONALP, Ertuğrul: «La expedición española contra la isla de Gelves en 1560», donde se cita una abundante bibliografía turca. El trabajo se puede consultar en red.

(8) TABAKOĞLU, Hüseyin Serdar: «Guerra Santa en el Mediterráneo. La cruz contra la media luna», en *El Gran Sitio de Malta*, núm. 46 de *Desperta Ferro*, junio-julio, 2020, p. 10.

El desastre cristiano de Los Gelves, superior a cualquier otro desde el fracaso de Argel en 1541, hace que Felipe II se decida a concentrar sus esfuerzos en el Mediterráneo y en la construcción naval; unos esfuerzos que son puestos a prueba en 1564, cuando García de Toledo carga con una flota contra el peñón de Vélez de la Gomera y lo conquista fácilmente.

La respuesta otomana no se hizo esperar. A finales de marzo de 1565, Solimán el Magnífico envió contra Malta una flota de unos 240 barcos al mando de Piali; Dragut (Turgut Reis) se incorporaría con 45 buques procedentes de Trípoli, y Occhiali (Uluj Alí) llegó con seis galeras de Alejandría. Las fuerzas de tierra (unos 28.000 hombres, la mayoría *assapi*, es decir, soldados de fortuna de servicio en las galeras) iban al mando de Mustafá Pachá, que sería el comandante general de la expedición. La posición estratégica de la isla era de gran importancia (9). Los preparativos de la movilización turca trascendieron, de manera que ya a finales de 1564 García de Toledo advertía a Felipe II que en Estambul se reunían miles de remeros y marineros, más unos 40.000 soldados de todas las provincias del Imperio turco. También avisó al rey del desembarco turco en la isla, suscitando grandes dudas en el monarca español sobre qué hacer, pues estaba reciente lo sucedido en Los Gelves y el rearme naval español no se había concluido. A esto había que sumar la complicada logística que una acción de esa envergadura exigía. Finalmente, el rey decidió intervenir. La reunión de la flota española tendría lugar en Mesina (Sicilia); empezó en mayo y contó con «seis mil soldados españoles... y mil quinientos italianos, a falta de los cuatro mil florentinos que embarcaba Doria, y... cuarenta galeras y cuarenta y cinco naves comerciales, redondas en su gran mayoría y con muy escasas piezas de artillería, que habían sido embargadas a particulares» (10).

En la isla tuvieron que hacerse trabajos defensivos con toda rapidez y en muchos puntos les faltó consistencia. Los fuertes de San Telmo, en la península de Sceberras, y de San't Angelo, en el extremo del Burgo —Birgu— sobre el mar, los bastiones de Castilla y Aragón, en el perímetro amurallado del Burgo, y el castillo de San Miguel en Senglea eran las claves para la defensa (11). Unas cadenas tendidas desde San't Angelo hasta el espolón de Senglea y, en el extremo opuesto de esta, otra barrera de cadenas que enlazaba con el bastión de Aragón en el Burgo cerraban por ambos extremos el puerto de galeras. En el interior de este, un puente de barcas unía el Burgo con Senglea. Las fuerzas defensoras eran 300 soldados malteses, 500 caballeros, 500 soldados de la escuadra de galeras, 200 soldados griegos y 400 mercenarios, en su mayoría infantería española.

(9) BROGINI, Anne: *Malte, Frontière de chrétienté (1530-1670)*, Roma, 2006.

(10) BUNES IBARRA, Miguel Ángel de: «El gran socorro de los tercios», en *El gran sitio de Malta*, ya citado, p. 45.

(11) Sobre las defensas de Malta, HOPPEN, Alison: *The fortification of Malta*, Edimburgo, 1979.

Los turcos desembarcaron tras superar algunas dificultades meteorológicas, pero su ventaja la perdieron por las discrepancias entre Mustafá Pachá y Pialí, quien se negó a secundar los planes de su jefe hasta que sus naves no estuvieran en una zona segura. Mustafá cedió a las pretensiones de su subordinado. Los navíos turcos anclaron en la bahía de Marsamxett, lo que algunos han considerado un gran error táctico pues, además de retrasar las operaciones, el fuerte de San Telmo se convirtió en el primer objetivo a batir y resistió más de lo previsto por los invasores. Sin embargo, otros consideran que Pialí no andaba descaminado, pues el objetivo principal era preservar la flota (algo común en los planteamientos militares del siglo XVI) más que la conquista de la isla. No es necesario decir que se desataron todos los horrores de la guerra y por ambas partes se rivalizó en dureza y crueldad. Los turcos se estrellaron en las fortalezas sufriendo cuantiosas bajas, entre ellas la del mismo Dragut, al que alcanzaron las esquirlas de un cañonazo cuando asediaba con 16.000 hombres el castillo de San Telmo que, reducido a escombros, se rindió el 23 de junio. Pocos días después de la caída del fuerte, llegó a la isla el «pequeño socorro» compuesto por 600 españoles e italianos veteranos, que en dos galeas de la Orden de los Caballeros enviaba el virrey de Sicilia al mando de Juan de Cardona. Con tales contingentes tendrían que continuar la resistencia del fuerte de San Miguel, en Senglea, y del Burgo, cuya fortificación en muchos puntos dejaba bastante que desear.

Precedido de un nutrido fuego artillero, los turcos sometieron Senglea el 15 de julio a un doble y duro ataque; al mando de Uluj Alí por mar y de Mustafá Pachá por tierra, 8.000 soldados se lanzaron al asalto; las empalizadas que se habían levantado en la playa y las cadenas impidieron que las naves alcanzaran las orillas y los soldados tuvieron que llegar a nado al pie de las murallas, donde fueron diezmados por los disparos de los defensores.

También sufrieron bastantes bajas los turcos en el asedio al fuerte de San Miguel. El 2 de agosto, Mustafá ordenó el asalto, que fue rechazado. El día 7 se registran nuevos ataques al fuerte y al bastión de Castilla, muy debilitado por el bombardeo de que estaba siendo objeto, y cuando parecía que el Burgo iba a caer en poder de los invasores, una salida de La Valette, gran maestro de la Orden, y un ataque a la retaguardia turca con 200 hombres que llegaban del interior, de Medina, rechazaron a los asaltantes. El agotamiento y las numerosas bajas minaron la moral de los otomanos, que no volvieron a realizar una ofensiva de importancia hasta el 20 de agosto con el fuerte de San Miguel y el bastión de Castilla como objetivos, obteniendo un nuevo fracaso. Cuando las fuerzas de los defensores estaban al límite, se presentó la escuadra mandada desde Sicilia por el virrey García de Toledo. Los 8.300 soldados que componían el contingente español desembarcaron el 7 de septiembre en la bahía de Mellieha. Mustafá Pachá ordenó una retirada escalonada, destruyendo las trincheras y embarcando la artillería de sitio; las fuerzas que le quedaban, unos 10.000 hombres, se concentraron en sus campamentos de Marsa y del monte



Verso, posiblemente español, del siglo XVI. (Museo Naval de Madrid)

de Sceberas. Las tropas españolas derrotaron a los otomanos, que hubieron de replegarse, con un gran desorden, y Mustafá ordenó reembarcar y zarpar (12).

La retirada turca de Malta supuso un gran alivio para Europa. La buena nueva de la liberación se expandió por el continente con rapidez; cartas de los protagonistas, manuscritos, impresos, relaciones diversas llegaron a todos los rincones. A medida que se conocía el resultado, las campanas se echaban al vuelo. En cambio, Solimán intentó vanamente ocultar en Estambul el fracaso de su armada.

Sin embargo, la escuadra española no estaba aún en condiciones de responder a las exigencias del rey, como demuestra el hecho de que para formar la flota de socorro hubo que dejar desguarnecida la costa meridional española, donde fueron saqueados Motril y otros lugares por barcos tetuaníes.

La historiografía italiana, siguiendo a Pío IV, atribuye el éxito de la operación a los caballeros y a los italianos, pero Braudel lo reivindicó sin paliativos

(12) El asedio de Malta ha suscitado muchos ecos historiográficos, de los que podemos citar, entre otros: CASSOLA, Arnold: *The great siege of Malta (1565) and the Istanbul State Archives*, La Valeta, 1995; y *Süleyman the Magnificent and Malta 1565. Decisions, Concerns, Consequences*, Malta-Siracusa, 2017; BROGINI, Anne: *1565, Malte dans la tourmente. Le «Grand Siège» de l'île par les Turcs*, París, 2015; BRADFORD, Ernle: *The Great Siege. Malta 1565. Clash of cultures*, Nueva York, 2014; DESPORTES, Catherine: *Le Siège de Malte. La grande défaite de Soliman le Magnifique*, París, 1999; CAÑETE, Hugo Álvaro: *Los Tercios en el Mediterráneo. Los sitios de Castelnuovo y Malta*, Barcelona, 2015; y VARRIALE, Gennaro: *Arrivano li Turchi. Guerra navale e spionaggio nel Mediterraneo (1532-1582)*, Nápoles, 2014.

para Felipe II y los españoles, considerando el episodio como una «prueba de fuego» para el monarca, que continuó impulsando el rearme naval. Solimán murió el 5 de agosto, y su hijo Selím II decidió en septiembre de 1569 atacar Chipre, posesión veneciana. Estamos en el pórtico del camino que llevaría a Lepanto; pero antes de llegar, el camino pasó por las Alpujarras granadinas.

La sublevación de los moriscos granadinos

En los inicios de la década de 1560, los moriscos en la Península constituían una amenaza, pues había serias dudas de su conversión y continuaban apegados a sus costumbres, idioma y vestimentas, que estaban prohibidas; muchos de los que se convertían apostataban, y existía una tolerancia permisiva para los que se negaban a bautizarse; además, sus contactos con los enemigos de la Monarquía Hispánica suponían un peligro tal que Défourneaux los consideró como una «quinta columna».

Carlos V les concedió en 1526 un plazo de cuarenta años para integrarse plenamente en la sociedad cristiana, sin que se avanzara gran cosa, pues la situación en Granada (13) se mantenía por las discrepancias entre las autoridades: la capitanía general fue heredada por los Mendoza; la habían ocupado sucesivamente los tres primeros marqueses de Mondéjar, que mantenían buenas relaciones con los moriscos y estos encontraban en ellos protección contra la Audiencia y la Inquisición. En 1543, Íñigo López de Mendoza, cuarto conde de Tendilla, se convierte en capitán general cuando su padre es nombrado virrey de Navarra y, en 1546, presidente del Consejo de Castilla; pero la posición de los Mondéjar se debilita entre 1545 y 1560, reduciendo su trascendencia en la Corte sus rivales, los Fajardo, liderados por el segundo marqués de los Vélez (14).

Al mismo tiempo, la situación de los moriscos empeoraba. Su economía se basaba sobre todo en la industria sedera, perjudicada cuando en los años de 1550 se prohibió la exportación de tejidos de seda y por la subida de impuestos después de 1561. Este declinar económico coincide con una actividad creciente de la Inquisición, establecida en Granada en 1526; obstaculizada inicialmente por los capitanes generales, cuando el poder de estos decae el Santo Oficio incrementa su actuación a partir de 1550, sobre todo, y confisca numerosos bienes de los moriscos, que tienen otro obstáculo en la Iglesia

(13) Acerca de los moriscos en general, DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, y VINCENT, Bernard: *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*, Madrid, 1978. Sobre los moriscos granadinos, CARO BAROJA, Julio: *Los moriscos del Reino de Granada: ensayo de historia social*, Madrid, 1976.

(14) Sobre el personaje, SÁNCHEZ RAMOS, Valeriano: *El II marqués de los Vélez y la guerra de los moriscos*, Almería, 2002.

granadina, cuyo clero había quedado prácticamente abandonado a su propia iniciativa por el absentismo episcopal, de forma que solo sabe ganarse el rechazo de quienes debía convertir. En 1546, ocupa la sede el arzobispo Pedro Guerrero (15), que comprende que es más urgente la reforma del clero que la evangelización de los moriscos; pero, aunque lo intenta convocando un sínodo (16) de los obispos de Málaga, Guadix y Almería, no consiguen gran cosa.

No faltaron iniciáticas moriscas para tratar de aliviar la presión que se ejercía sobre su comunidad. El *Memorial* presentado en 1567 por Francisco Núñez Muley, noble morisco granadino, mostraba los rasgos culturales de su etnia como típicos granadinos y sin peligro para la Corona y para la sociedad cristiana, pero sus gestiones y otras que intentaron algunos de sus correligionarios no tuvieron éxito, pues en la Corte se impusieron los partidarios de actuar con decisión, postura por la que se inclinó Felipe II (17) al publicar el Decreto de 1 de enero de 1567 que planteaba el dilema asimilación/represión (18). Pedro de Deza, presidente de la Audiencia granadina, estaba especialmente interesado en la publicación del Edicto, pensando que aumentaría su autoridad en perjuicio del capitán general, pues su familia, partidaria de Juana la Beltraneja, mantenía una rivalidad con los Mendoza, incondicionales de Isabel, desde el reinado de los Reyes Católicos. También tenía intereses en el Edicto el presidente del Consejo de Castilla, el cardenal Espinosa, rigurosamente ortodoxo, que desconfiaba de la complacencia del capitán general. En el caso de Felipe II, la publicación tenía varias motivaciones, como eran el bandolerismo de las Alpujarras (19), las acometidas de los berberiscos, la rivalidad con los turcos y el temor a una sublevación morisca en contacto con los otomanos.

La publicación del Edicto alarmó a los moriscos. En el primer año, no se exigió un cumplimiento riguroso, pero se produjeron alborotos y ataques piráticos que el presidente de la Audiencia comunicó a Felipe II, quien ordenó la aplicación estricta de las prohibiciones. Mondéjar fue a Madrid y advirtió al

(15) HERRERO GONZÁLEZ, Carmen, y SANTAPAU PASTOR, Mari Carmen: «La formación del arzobispo granadino Pedro Guerrero en el siglo XVI: Teología y Humanismo», en *Berceo*, núm. 163, 2012, pp. 101-264.

(16) MARÍN OCETE, Antonio: *El arzobispo don Pedro Guerrero y la política conciliar española en el siglo XVI*, Madrid, 1970; y del mismo autor, «El Concilio provincial de Granada de 1565», en *Archivo teológico granadino*, 1962 (en red).

(17) Sobre el rey y los moriscos, BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO, Rafael: «La política de Felipe II ante la minoría morisca», en BELENGUER CEBRIÁ, Ernest (coord.): *Felipe II y el Mediterráneo*, vol. 2, Madrid, 1999, pp. 503-536.

(18) BENÍTEZ SÁNCHEZ-BLANCO, Rafael: «Felipe II y los moriscos, el intento decisivo de asimilación, 1559-1568», en *Estudios de Historia de Valencia*, Valencia, 1978, pp. 183-201.

(19) Sobre esta dimensión del bandolerismo, VINCENT, Bernal: «El bandolerismo morisco en Andalucía (siglo XVI)», en *Awraq. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, núm. 4, 1981, pp. 167-178.

rey de que si no se derogaba se produciría una sublevación, y no andaba descaminado (20).

Los conspiradores moriscos se reúnen en Cádiar en septiembre de 1568 y acuerdan elegir como jefe a Fernando de Córdoba y Valor, caballero veinticuatro de Granada, que se decía descendiente de los omeyas y que cuando fue proclamado rey pasó a llamarse Abén Humeya (21). En su entorno empieza a formarse un ejército, formado por los gandules —milicias urbanas organizadas por barrios compuestas por jóvenes— y los monfíes, moriscos perseguidos que huían y se unían a las partidas de bandoleros en las zonas rurales. El mando supremo recae en Farax Aben Farax, descendiente de los Abencerrajes, nombrado alguacil mayor. Faltos de armas y mayoritariamente campesinos, su capacidad ofensiva era limitada, pero recurrieron ampliamente a la guerrilla, lograron el concurso de los «aventureros» berberiscos que acudían a la llamada de la guerra santa y, a partir de 1569, gracias a la ayuda de Argel y de Túnez con el beneplácito y el concurso de Turquía, se incorporaron gran número de argelinos, turcos y berberiscos, lo que permitió formar un ejército regular (22).

El día de Navidad de 1568, Farax Aben Farax entra en el Albaicín con dos capitanes monfíes buscando apoyos para sublevar la ciudad; pero no lo consiguen, y para paliar su fracaso se dividen en cuadrillas y saquean algunas casas. En su retirada, proclaman que la Alhambra y el Albaicín están de su parte, lo que provoca el alzamiento campesino en la vega y en las Alpujarras, donde se cometieron crueldades y sacrilegios. En Cádiar, en la madrugada del 24 de diciembre, fueron muertos el capitán Herrera y 40 jinetes mientras dormían. Así empezaba una guerra pródiga en crueldades por ambas partes.

Abén Humeya envió embajadas a Argel y a Constantinopla pidiendo armas a cambio de su sumisión a Turquía. Mondéjar reunió unos precarios escuadrones y salió en campaña, logrando vencer a los rebeldes, pero no resultó nada definitivo y ha de volver a Granada, dejando en Órgiva 2.000 infantes y 100 caballos. Por su parte, el de los Vélez es atacado por Abén Humeya y unos 5.000 moriscos en Berja, pero es derrotado; el marqués llega a Adra, donde esperaba ser reforzado para su segunda campaña; el 30 de julio penetra en la

(20) Un relato de la guerra y mapas ilustrativos de su desarrollo en CASTILLO FERNÁNDEZ, Javier: «Las operaciones militares», en *Desperta Ferro, La Guerra de las Alpujarras*, núm. 25, 2016, pp. 20-29.

(21) En varias ocasiones, los sublevados tuvieron que superar sus disensiones internas, nunca bien cerradas. Vid. SÁNCHEZ RAMOS, Valeriano: «La guerra desde dentro: los bandos moriscos en el alzamiento de las Alpujarras», en *Actas del VII Simposio Internacional de Mudéjarismo*, Teruel, 1999, pp. 507-522.

(22) Sobre el apoyo exterior, BUNES IBARRA, Miguel Ángel de: «La ayuda exterior a los moriscos. El Magreb y el Imperio otomano», en *Desperta Ferro. La guerra de las Alpujarras*, n.º 25, 2016, pp. 44-48.



Escultura de Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616), soldado de los tercios de Infantería española embarcada. (Museo Naval de Madrid)

Alpujarra con 12.000 infantes y 400 jinetes. Ante la falta de coordinación en el mando, Felipe II decidió unificarlo en la persona de su hermanastro, Juan de Austria, que estaría asesorado por un consejo residente en Granada, y el mando militar, bajo su dirección, se repartiría entre Vélez, que actuaría en la zona cercana a Murcia, y Mondéjar, que lo haría en el resto del territorio. Luis de Requesens embarcó con el Tercio de Nápoles, una compañía del de Milán y otra del de Piamonte, llegando a Adra con unas 30 galeras de la escuadra de Nápoles y dirigiéndose a Baza para reunirse con Juan de Austria. Sancho de Leiva, con las galeras de España, patrullaba por la costa, y en 1570 se apoderó de Frigiliana y Castell de Ferro, dejando a los moriscos sin la conexión con Berbería.

Mientras, el consejo en Granada, siguiendo las órdenes reales, ordenó la reunión, una vez desarmados, de los moriscos de la capital en sus

parroquias para ser conducidos fuera del reino (23 de junio de 1569): 3.500 fueron sacados en una sola jornada, y los de la vega, temiendo algo parecido, huyeron a la montaña. Al mismo tiempo, el mando morisco se dividió: mientras Abén Humeya era partidario de resistir y alcanzar una paz digna, otros querían internacionalizar el conflicto con la participación decidida de los turcos.

Abén Humeya entró en contacto con Juan de Austria para conseguir una negociación, pero sus correligionarios consideraron que eso era una manifestación de debilidad, provocando la reacción de los oficiales turcos contra el rey morisco, que fue asesinado. Sin embargo, el lado cristiano no pudo impulsar las operaciones por la rivalidad Mondéjar-Vélez; aquel es reclamado a la

Corte por el rey, y el bando del 1 de octubre de 1569 proclama la reanudación de la guerra a gran escala. El vacío de poder morisco lo cubre Abén Aboo, que introduce en su consejo a turcos y decide probar suerte atacando Órgiva, pero resulta un desastre.

La guerra sufrió un recrudecimiento a partir de 1570. Juan de Austria se había quejado a su hermanastro de la lentitud con que se desarrollaba y pidió ponerse al frente de las operaciones. Felipe II transigió, y Juan de Austria, al mando de un contingente, se dirigió contra los moriscos de la zona del Almanzora, mientras otro destacamento entraría en las Alpujarras bajo las órdenes del duque de Sessa. Con 8.000 infantes y 500 jinetes, Juan de Austria tomó el castillo de Güéjar y marchó sobre Galera con Requesens: el 17 de febrero la ciudad es tomada, arrasada y sembrada de sal. La conquista de Galera suponía cortar las comunicaciones con la costa levantina y que los moriscos no pudiesen dominar la franja costera que permitiera un desembarco turco. Los contragolpes de Abén Aboo en la costa nada consiguieron y ha de iniciar unas negociaciones apremiado por el hambre, pues se puso interés en cortar sus posibilidades de aprovisionamiento.

Al no llegar a un acuerdo con Abén Aboo, Felipe II decide que la guerra continúe con la misma intensidad. En el mes de septiembre, Juan de Austria y Sessa entraron con un ejército por Guadix, y Requesens con otro por la Alpujarra. El 28 de octubre de 1570, el rey tomó la decisión clave: ante el peligro de mantener concentrada a una población descontenta u hostil, ordenó que los moriscos fueran sacados de su residencia y distribuidos por otras tierras, lo que originó incidentes sangrientos en algunos lugares; los sometidos eran escoltados por soldados en grupos de 1.500 y distribuidos por los pueblos previamente establecidos, de acuerdo con las relaciones enviadas a los alcaldes. Cumplida esta orden y guarnecida la Alpujarra, Juan de Austria y Requesens se marcharon a Madrid y dejaron al duque de Arcos y a Diego Hurtado de Mendoza, tío del marqués de Mondéjar, la tarea de pacificar los núcleos rebeldes de la serranía de Ronda y de la Alpujarra. Abén Aboo, fracasado en su intento de conquistar Almuñécar y Salobreña, fue asesinado el 15 de marzo de 1571; las rendiciones de los insurgentes se sucedieron desde entonces.

La expulsión había sido considerada por Felipe II antes de la revuelta, máxime a partir de 1566, cuando se temía que estallara al obligar a los moriscos a abandonar sus costumbres. Con la guerra la deportación se olvidó, pero al alargarse el conflicto se plantea de nuevo, y desde 1570 es la preocupación fundamental, si bien hasta el 1 de noviembre, en que se logra controlar la situación, no se dio la marcha hacia Castilla (23). Establecido

(23) Acerca de la dispersión morisca, VINCENT, Bernard: «L'expulsion des morisques du Royaume de Grenade et leur répartition en Castille (1570-1571)», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, núm. 6, 1970, pp. 211-246.

el plan de dispersión en sus líneas generales, hubo que improvisar el reagrupamiento de miles de personas y su marcha a centenares de kilómetros, para lo que se necesitaban tropas de escolta y evitar el regreso de los deportados.

Los moriscos eran reunidos en un solo edificio, preferentemente la iglesia, y la mayoría de los comisarios tuvieron problemas, sobre todo en el este, al producirse disturbios en las reuniones. La Corona había establecido un plan relativamente simple: los concentrados en Ronda y Málaga se dispersarían por Córdoba y Extremadura; los de Granada y Guadix saldrían hacia Albacete; los de Almería y Vera serían trasladados por mar a Sevilla; los comisarios deberían avituallarlos por el camino y los soldados no cometer ninguna violencia sobre ellos. Pero el plan teórico fue irrealizable por el número desigual de moriscos de las diferentes zonas y por las condiciones materiales y climatológicas. Solo los de Málaga y Guadix no sufrieron variación en su recorrido.

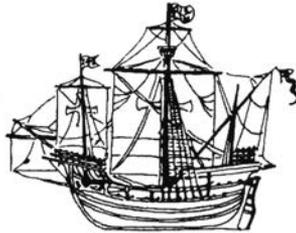
Córdoba, Plasencia, Toledo, Albacete y Sevilla fueron los centros de recepción por estar alejados de la zona del conflicto, evitando así la posibilidad de vuelta, además de poder dispersar desde esas ciudades a los expulsos en todas direcciones. En los desplazamientos se produjeron incidentes y dificultades de avituallamiento. En Albacete no quisieron recibir a los de Vélez Blanco y Vélez Rubio, por lo que fue necesario enviarlos a Toledo y Talavera; los de Toledo fueron divididos en dos grupos, uno enviado a Segovia, Valladolid y Palencia y el otro a Ávila, Salamanca y Zamora; en los demás sitios, los moriscos fueron situados cerca del lugar designado. A partir de entonces, los núcleos más importantes de esta etnia en Castilla estaban en el triángulo formado por Sevilla, Murcia y Toledo.

Para corregir los defectos del reparto se preparaba una segunda distribución teniendo en cuenta el número de moriscos que podían recibir los nuevos destinos y qué ocupación podrían darles. Las respuestas a las consultas que se hicieron en este sentido llegaron en los primeros meses de 1571, pero el reparto no se realizó con el alcance deseado: los moriscos no se encontraban en situación de un nuevo desplazamiento, la administración tampoco estaba en condiciones de llevarlo a cabo y la coyuntura internacional desplazaba esta cuestión a un segundo plano, por lo que fue preciso aceptar como definitiva la situación existente en 1571.

Sobre el número de expulsos, se hicieron estimaciones fantásticas, hasta que Lapeyre los estableció en unos 60.000, pero se pensaba que eran más. Vincent (24) dio un cálculo más real realizado sobre las cifras de partida y

(24) VINCENT, Bernard: «Combien de Morisques on éte expulsés du royaume de Grenade?», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, núm. 7, 1971, pp. 397-398.

estimó una cantidad entre 70.000 y 80.000; pero falta por determinar cuántos llegaron a su destino, pues las bajas fueron numerosas, tal vez entre el 18 y el 20 por 100. El hueco que dejaron en Granada fue ocupado por 12.500 familias cristianas, que se establecieron en 130 de las 400 villas que quedaron medio despobladas. Muchos moriscos huyeron a la sierra y, convertidos en monjes, aterrizaron a los repobladores cristianos en zonas como la sierra de Gádor y el río Almanzora (25).



(25) SÁNCHEZ RAMOS, Valeriano: «Repoblación y defensa en el Reino de Granada: campesinos-soldados y soldados-campesinos», en *Chronica Nova*, núm. 22, pp. 257 y ss.; y BARRIOS AGUILERA, Manuel, y SÁNCHEZ RAMOS, Valeriano: *La repoblación del Reino de Granada tras la expulsión de los moriscos*, Granada, 1986.



Pendón de la batalla de Lepanto. Museo de Santa Cruz. Depósito de la Catedral Primada de Toledo (Arzobispado de Toledo). © David Blázquez